

Wolff, Perry. 1968: The Year That Changed America. North Hollywood: Herzog & Company. 2018, 168 minutos

Wolff, Perry. 1968: The Year That Changed America. North Hollywood: Herzog & Company. 2018, 168 minutes

Wolff, Perry. 1968: The Year That Changed America. North Hollywood: Herzog & Company. 2018, 168 minutos

 José Antonio Abreu Colombri<sup>1</sup>

1. Posee doctorado en Estudios Norteamericanos. Ciencias Sociales y Jurídicas por la Universidad de Alcalá, y licenciaturas en Historia por Universidad Complutense de Madrid y en Periodismo, por la Universidad Rey Juan Carlos, España. Ha realizado estancias de investigación en la Universidade do Minho. Instituto de Ciências Sociais (2018-2019) y en la Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas (2019). E-mail: [abreucolombri@gmail.com](mailto:abreucolombri@gmail.com)

Recebido em: 10/10/2020

Aprovado em: 14/11/2020



Todo o conteúdo deste periódico está licenciado com uma licença Creative Commons (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional), exceto onde está indicado o contrário.



Wolff, Perry. 1968: The Year That Changed America. North Hollywood: Herzog & Company. 2018, 168 minutos.

El mundo editorial y la producción audiovisual se suelen acercar a los grandes acontecimientos históricos de forma cíclica, aprovechando el estado de ánimo que se genera con las conmemoraciones históricas. El año 1968 no es objeto de celebración ni en los apartados de humor gráfico de la prensa estadounidense, fue un año tremebundo, quedó grabado a fuego en la memoria de la gente: magnicidios, protestas callejeras, huelgas, movimientos reivindicativos, saqueos, deserciones, detenciones masivas, represión policial, colapso estratégico en Vietnam, fracaso en las negociaciones de paz, *et cetera*. Incluso, los acontecimientos de aquellas fechas se han mitificado con el paso del tiempo, a nivel social, académico, periodístico y político.

El documental dirigido por Perry Wolff, *1968: The Year That Changed America*, se compone de cuatro capítulos, donde se diseccionan los principales acontecimientos sociales, políticos y culturales que aceleraron los ritmos históricos de aquellas fechas. Cada uno de esos capítulos tiene una duración aproximada de cuarenta y dos minutos; las cuatro estaciones del año. A pesar de que la cinta ha tenido un

impacto muy limitado fuera del mercado audiovisual estadounidense, ha sido traducida al castellano y comercializada en varios países con el título: *1968. El año que cambió la historia*.

La compañía Herzog & Company (productores ejecutivos del documental: Tom Hanks, Gary Goetzman y Mark Herzog) desempeña una pormenorizada labor de búsqueda de fuentes hemerográficas. Los testimonios orales y las interpretaciones histórico-políticas están en consonancia con las principales líneas argumentales del guion. El trabajo es bastante genuino y novedoso, ya que la documentación utilizada es muy diversa, está poco explotada periodísticamente y se ensambla en una secuencia narrativa vertiginosa. Es posible afirmar, con amplias garantías, que el documental es una obra de divulgación de alta gama y llena de dinamismo, digna de ser utilizada como recurso pedagógico y como objeto de análisis de la comunicación social.

El discurso del presidente Johnson sobre el estado de la intervención militar en Vietnam, en el mes de enero, constituye la parte inicial del primer capítulo: “Invierno”. Esta alusión a la guerra (y sus necesidades estratégicas) será un elemento transversal en todo el montaje audiovisual, sobre el que gravitarán la mayoría de manifestaciones de descontento social y confrontación política. La ofensiva del Tet tuvo consecuencias inesperadas para la evolución de la opinión pública nacional y para la imagen de Washington ante la comunidad internacional. Las imágenes de marines muertos y heridos en el barro, civiles mutilados y carbonizados por el napalm, ejecuciones públicas por parte de los aliados survietnamitas, ciudades milenarias reducidas a escombros, bases militares sitiadas por tropas norvietnamitas y tiroteos en los jardines de la embajada estadounidense en Saigón provocaron estupor a nivel popular y desconcierto a nivel periodístico.

En este primer capítulo, al igual que en el resto del documental, el montaje del director marca dos líneas referenciales sobre los eventos que tuvieron una gran repercusión popular y los eventos que fueron relevantes políticamente. Por ejemplo, se narra el origen de las imágenes de destrucción de la ribera del río Perfume y las inmediaciones de la ciudad de Hue. Algo similar ocurre con el contexto de la ejecución de un miembro del Viet Cong a manos del jefe del Departamento de Policía de la ciudad de Saigón. La instantánea fue tomada por el corresponsal de *Associated Press*, se convirtió en un símbolo de la barbarie de la guerra y de la movilización antibelicista.

El movimiento por los derechos civiles y las protestas afroamericanas se reactivaron en febrero, porque dos operarios del servicio de recogida de basuras murieron aplastados por la compactadora de un camión. La horrible muerte de estos dos trabajadores negros destapó una situación de discriminación salarial, explotación laboral y ausencia total de medidas de seguridad. El reverendo King se trasladó en persona a Memphis, para colaborar con los grupos sindicales y los familiares de los dos fallecidos. El lema de las protestas locales, “*I am a man*”, alcanzaría una dimensión nacional en pocos días.

La huelga duró semanas y la lucha sindical se propagó por todo el país, los trabajadores negros demandaban salarios igualitarios, ya que cobraban sueldos de media jornada trabajando una jornada completa. En este momento de tensión, el movimiento por los derechos civiles se fracturó definitivamente, se alzaron voces que abogaban por la violencia para alcanzar sus objetivos sociales y políticos. Las soflamas de Stokely Carmichael resonaron con fuerza entre la mayoría blanca y el *establishment* político. Los artistas y cantantes negros se volcaron con la denuncia de las pésimas condiciones de vida de las comunidades afroamericanas en el mundo rural y en los grandes suburbios.

El desorden en las calles se convirtió en una fuente inagotable para los discursos de líderes racistas y conservadores como Richard Nixon (republicano) y George Wallace (independiente). Las retóricas del conservadurismo acusaban al Partido Demócrata de consentir las situaciones de caos y responsabilizar a la reforma legislativa del presidente Johnson del aumento de la tensión racial. Mientras que la unidad se fracturaba en el Partido Demócrata a causa de la estrategia en Vietnam y la conflictividad interna, en el Partido Republicano se ilusionaba con la candidatura de Nixon y experimentaba nuevas políticas de comunicación y presencia mediática.

Los equipos políticos republicanos limpiaron la imagen de “viejo” Nixon, a través de contextos mediáticos amables, declaraciones “despolitizadas” y situaciones desenfadas. El programa *Answer of Nixon* (con preguntas del público asistente, en lugar de periodistas) se convirtió en un éxito total de imagen y mensaje, construido sobre un montaje de preguntas pactadas y personas preseleccionadas previamente. Mientras tanto, las primarias demócratas comenzaron con una gran disensión interna, aparecieron los primeros discursos antibelicistas y finalmente se produjo la incorporación de Robert Kennedy al proceso de elección (16 de marzo). Johnson se mostró sobrepasado por las encuestas de intención de voto y horrorizado por la intensificación de los combates en Vietnam. El 31 de marzo, el presidente anunció inopinadamente su intención de no presentarse a la reelección.

El segundo capítulo, “Primavera”, está bastante centrado en los asesinatos del reverendo King y el senador Kennedy (en las reacciones políticas y en las protestas sociales). La edición de imágenes fotográficas y fragmentos audiovisuales logran reconstruir la secuencia del estado de ánimo de los diferentes personajes políticos en aquellos tumultuosos y luctuosos meses primaverales. En Memphis, Martin Luther King fue abatido por un francotirador en el *Motel Lorraine* (3 de abril). Desde hacía semanas, las amenazas de muerte se habían multiplicado contra los líderes de la contestación afroamericana, quizás ahí radicaban los motivos por los que el reverendo y sus colaboradores se mostraban tan alterados. Sus últimas intervenciones públicas estaban llenas de alusiones paleotestamentarias y mensajes llenos de conceptos teológicos ambiguos y sugerentes, con un tono excitado y un aspecto sudoroso.

El senador Kennedy estaba en medio de un acto de su campaña de primarias, cuando conoció la noticia del asesinato de King. La noticia y los recuerdos del asesinato de su hermano le cambiaron la expresión de su cara, de manera improvisada, ofreció uno de los mejores discursos de su vida. Esa convicción por la paz y la no violencia, le convirtió automáticamente en el gran líder político contrario a la guerra en Vietnam. El funeral del reverendo King dejó muchas declaraciones políticas, que criticaban la pervivencia histórica de la violencia en el seno de la sociedad y la cultura.

El movimiento estudiantil fue otro de los focos calientes en la movilización callejera de aquellas fechas. El sentimiento antibelicista y las llamadas a la finalización de la guerra en Vietnam constituyeron el parteaguas de las principales protestas acontecidas. El SDS (Estudiantes por una Sociedad Democrática) se convirtió en un quebradero de cabeza para las autoridades públicas. El conservadurismo hablaba directamente de ser un elemento de subversión comunista y anarquista, después de ver los sucesos de la Universidad de Columbia (Nueva York), en los que los grupos estudiantiles tomaron varios edificios del campus.

La sensación de estar viviendo una revolución estaba muy extendida entre la ciudadanía estadounidense. En este sentido, el guion del documental no entra en disquisiciones ideológicas sobre el pacifismo. Los demócratas se sentían desorientados, no sabían si aplicar mano dura o tender la mano. Los republicanos lo tenían muy claro, había que restablecer el orden, empoderar a las fuerzas de orden público y limpiar las calles de personas improductivas y contestatarias.

Nixon construyó los cimientos sobre los que se levantaría toda su retórica de campaña, al acuñar el concepto de “centro silencioso”. Dicho concepto aludía a las personas moderadas de la derecha y la izquierda, que tuvo también otra variante de éxito: “mayoría silenciosa”. Los demócratas que rivalizaban por heredar el liderazgo del presidente Johnson (McGovern, McCarthy, Humphrey y Kennedy) abandonaron los discursos sobre la estrategia a seguir en Vietnam, para centrarse en un contexto discursivo de armisticio y repliegue. Los jardines de Capitol Hill se llenaron de sentadas y acampadas, hasta que se decidió crear un asentamiento permanente de protesta, bautizado como “Ciudad Resurrección”. No tuvo mucho éxito, tras las lluviosas semanas de aquella estación primaveral, la policía desalojó las casetas situadas junto al monumento de Lincoln y el obelisco.

El senador Kennedy afrontaba cada elección de las primarias demócratas con gran dedicación, entregándose a los simpatizantes y a los corresponsales de la campaña. Después de perder en Oregón, se dirigió a California con la intención de ganar (5 de junio), para seguir teniendo opciones de ser el candidato demócrata a las elecciones presidenciales de noviembre. En el *Ambassador Hotel* de Los Ángeles, después de un recuento de votos favorable y un clima de euforia, Kennedy decidió salir del salón principal para dar

una conferencia de prensa, instantes después fue tiroteado en la cocina. Horas después, con tan solo cuarenta y dos años, Robert Kennedy murió tras una desesperada intervención de neurocirugía (6 de junio).

Nuevamente, los registros filmográficos de ciudadanos expresando sus sentimientos tras conocer la noticia del magnicidio resultan muy útiles para intuir el sentir general. Los ciudadanos se sentían compungidos ante la creciente violencia política, los sectores que anhelaban cambios institucionales veían como los reformadores estaban siendo asesinados. La noticia del asesinato cayó como una bomba en las sedes del resto de candidatos demócratas, el drama de la familia Kennedy marcaría a toda una generación de representantes políticos del Partido Demócrata.

La situación en Vietnam parecía empeorar por momentos, con estas valoraciones comienza el tercer capítulo: “Verano”. Después de meses de asedio, los marines abandonaron la base de Khe Sanh, lo que generó un sentimiento de fracaso a tres bandas: en el alto mando militar (que seguía desconcertado por las tácticas utilizadas por el Viet Cong), en los soldados destinados en Vietnam del Sur (porque no sabían muy bien contra quien luchaban y cuáles eran sus objetivos militares) y en el conjunto de la ciudadanía (que estaba viendo en directo como se desperdiciaban millones de dólares de presupuesto y como se malograba una generación de jóvenes estadounidenses). Los demócratas estaban atascados en el atolladero, no sabían si emprender una huida hacia adelante o anunciar la retirada; los republicanos eran muy conscientes que esta situación podía generar un rédito electoral, pero no comprendían que sus posturas de campaña acabarían lastrando su posterior gestión exterior.

La Convención Nacional republicana se celebró en Miami, con algunos altercados en el exterior, pero con una gran concordia en el interior del evento. Nelson Rockefeller presentó una propuesta moderada para acercarse al centro político. Ronald Reagan, como gobernador de California, decidió presentar su candidatura a última hora, sin pasar por las primarias. Fue la última convención en la que esta situación se produjo, ya que la organización del partido decidió eliminar la prerrogativa de candidatos exentos de pasar por las primarias. Finalmente, Nixon consiguió la victoria con los delegados de los estados del sur. Los mismos delegados que habían amenazado con votar en las presidenciales (noviembre) a Johnson (Partido Demócrata) o a Wallace (Partido Independiente Americano), en el hipotético caso de que Rockefeller consiguiese la victoria con el apoyo de Reagan. Las votaciones y los discursos se sucedieron en la Convención Nacional republicana como si de un acto académico se tratase, con un público atento y una cobertura mediática muy organizada. El 7 de agosto, a sus cincuenta y cinco años, Nixon se convertía por segunda vez en candidato a presidir la nación.

A los estudiantes (movilizados contra la gestión militar de Johnson) ni se les pasaba por la cabeza la posibilidad de que Wallace o Nixon llegasen al Despacho Oval. Sin entrar en cuestiones de carácter teórico-político, el guion y el análisis de varios entrevistados afirman que la juventud estadounidense se

divide en dos grupos principales: los que buscaban un candidato para poner fin a la guerra en Vietnam y los que buscaban acabar con el sistema. La clasificación es un poco simplista y las ejemplificaciones enfatizan las estridencias de las manifestaciones “yippies” (Partido Internacional de la Juventud). Los testimonios de archivo de aquel verano denotan el sentimiento generalizado, por temor o por esperanza, de que se está produciendo una especie de revolución. Los portavoces “yippies” (Abbie Hoffman y Paul Krassner) anunciaban la “Segunda Revolución Americana”.

Los movimientos pacifistas hicieron un llamamiento a concentrarse en las inmediaciones de la Convención Nacional demócrata en la última semana de agosto. El alcalde de Chicago, Richard Daley, se mostró furioso ante la actitud de las nuevas generaciones contestatarias y calificó a la movilización como un acto terrorismo interno. Sin pretenderlo, el alcalde de Chicago se convirtió en el hombre más poderoso de aquella convención y contribuyó en gran medida a escribir una de las páginas más negras de la historia del Partido Demócrata. El centro de congresos se convirtió en un bunker; los policías y los miembros de la Guardia Nacional fueron equipados con todo tipo de instrumentos represivos.

Los informativos se llenaron de imágenes con cargas policiales, caras ensangrentadas y gases lacrimógenos en parques y avenidas. En el interior del centro de congresos, los reporteros televisivos y los periodistas acreditados pudieron presentar tumultos, gritos de protesta e insultos por doquier. El caos fue tremendo mientras Hubert Humphrey obtuvo su nominación presidencial, hasta el punto de que el gas de las cargas en el exterior entró dentro del edificio. También se produjeron peleas entre los delegados demócratas y varios grupos de policías tuvieron que entrar a poner orden. Algunos reporteros televisivos ofrecen su testimonio en el documental, cincuenta años después tienen el vívido recuerdo de las agresiones sufridas en primera persona por la seguridad privada.

Días después, Nixon comenzó su campaña presidencial en Chicago, para sentar un referente comparativo con la campaña demócrata. Nixon se dio un baño de multitudes y todas sus intervenciones públicas transcurrieron sin incidentes de relevancia. En las últimas semanas de septiembre, Humphrey vivió sus peores momentos de toda la campaña, no podía dar un paso sin ser increpado o insultado por individuos contrarios a la guerra. Humphrey era el vicepresidente de Nixon (el candidato del oficialismo demócrata) y esto le lastró en varios sentidos, hasta el punto de que tuvo que posicionarse públicamente respecto a la guerra y anunció su intención de iniciar conversaciones de paz (de manera progresiva). En ese mismo instante, la campaña demócrata se pacificó y los equipos de Humphrey pudieron actuar con relativa normalidad. Esa actitud puso el foco sobre las declaraciones de Nixon, la presión periodística aumentaba sobre la agenda de política exterior de los republicanos.

En octubre, momento culminante de la campaña presidencial, con Nixon rehuyendo el debate directo, Humphrey consiguió reducir en gran medida la diferencia porcentual en las encuestas. Pero la

desmovilización de los jóvenes pacifistas y la gran fragmentación de los demócratas hicieron posible la victoria de Nixon. No obstante, los republicanos tuvieron que jugar sucio, presionando en la medida de lo posible a los sujetos negociadores en Vietnam, para impedir que se alcanzase un acuerdo de resolución pacífica antes de las elecciones de noviembre. El presidente de Vietnam del Sur, Van Thieu, decidió no participar en las negociaciones de paz, consciente de la dependencia total del despliegue militar estadounidense. Por su parte, Johnson en una medida electoralista cesó los bombardeos sobre Vietnam del Norte, cinco días antes de las elecciones; fue un “alto el fuego” con objetivos electoralistas.

El 12 de octubre, en medio de una tensión internacional creciente, se inauguraron los Juegos Olímpicos en el Distrito Federal de México. Tom Smith y John Carlos, después de la carrera de doscientos metros libres, se subieron al podio y protagonizaron una de las imágenes más icónicas del siglo XX. Ambos miembros del equipo de atletismo estadounidense protestaron, puño en alto, contra las durísimas condiciones de vida de la comunidad afroamericana. La mayoría blanca estadounidense se sintió humillada y consideraron que se estaban ultrajando los símbolos nacionales (la bandera y el himno) por sus representantes deportivos. Estos hechos supusieron el final de la carrera deportiva de ambos, mientras se desataba una especie de euforia patriótica y supremacista entre los sectores más conservadores de la ciudadanía.

El incendiario Wallace estaba en su mejor momento, pronunciaba discursos enfervorecido y llenaba los pabellones a su paso. Cada acto de campaña se vio envuelto en incidentes muy graves, los apedreamientos del escenario y los insultos fueron cotidianos. El “coronel” (Harland Sanders), dueño de la cadena de restaurantes KFC, rechazó la oferta política con rotundidad, porque no quería ver como se hundía su negocio. En ese momento, entró en escena el general retirado Curtis LeMay, un veterano de la Segunda Guerra Mundial que cometió actos atroces. En la rueda de prensa de su presentación, el candidato a vicepresidente hizo una serena y reflexiva defensa del uso de las bombas atómicas en Vietnam, lo que dañó gravemente las posibilidades electorales del Partido Independiente Americano.

Al día siguiente de las elecciones, Humphrey, con lágrimas en los ojos, reconoció la victoria republicana y realizó una defensa de los valores democráticos de su partido y de su campaña. La misión Apolo 8 tomó varias fotografías de la luna y de la tierra. Los astronautas de aquella misión, a través de una conexión radiofónica, leyeron fragmentos del Génesis y dieron muestras de su orgullo de servir a la NASA, proyectando la imagen de superpotencia de los Estados Unidos en la carrera espacial. De principio a fin, 1968 fue un momento trascendente, sin parangón y supuso el paroxismo de aquella tumultuosa década.